

EL VENDEDOR DE VIAJES "PRIVATE"

JAIME MORENO VILLARREAL

Durante los años de lluvias la ciudad había adquirido una mejor disposición para el viaje. Las tormentas escurrían las calles, licuando edificios de habitaciones iluminadas que hacían las veces de faros. Había mejor trabajo para mí en esa época. Con mi gabardina empapada igualaba el tono de los muros, dejando la impresión de que venía de muy lejos aunque apenas hubiera doblado la esquina. Llamaba a un portón con la palma de la mano. Unos niños abrían.

—¿Está tu mamá? —disipaba el gris de mis ojos para que los niños soñaran con el mar o con el heno.

—Mi mamá no está —decía la mayorcita.

No importaba, yo podía darles gusto. Comenzaba a ofrecerles mis viajes. Sosteniendo entre el hombro y el cuello la vara del paraguas, abría con doble chasquido los seguros, apoyando el portafolio sobre un muslo y equilibrándome en un pie, cogiendo con los dientes la folletería. Aquella vez desplegué un bonito cartel azul con la foto de un castillo rocoso en la cima de un acantilado. Sonreí a lo alegre para narrarles la leyenda respectiva, pero el pequeño travieso dio un tirón en la punta y el cartel fue a dar al charco.

—Déjalo —lo reprendió la mayorcita, mientras yo enrollaba el pliego mojado—, ¿no ves que está practicando?

Bajo aquellas lluvias, cada uno practicaba algo aunque no llegáramos juntos a cosa alguna. Mejor tiempo no hubo para mí. Podían humillarme unos niños, pero el agua me lavaba, el frío me endurecía. Me dejé transportar por la corriente con el cartel enrollado, y como si pudiese verme desde fuera, juzgué que levantaría un suspiro cuando alguien asomara a la ventana, alumbrara la cerrazón con una linterna y, al verme pasar, cavilara en ¡cuánto trecho habrá recorrido este hombre!

La sinusitis me había implantado una voz doble que hacía soñar con bocinas de barcos, una especie de gacido confundido con temblor pectoral. El pecho cavernoso, con estalactitas refinadas por gotones sonoros, contendría un pasaje hacia mí mismo, que avanzaba dignificado por la inclemencia. Más que un ambulante, era yo un hombre que se demoraba.

Cuando no me llovía, me lloviznaba, cuando no me lloviznaba, estaba a punto de lloverme, y yo dentro, siempre dentro del diluvio. Subía la cuesta de la calle tocando a cada puerta. ¿Quién puede estar llamando en medio de la tormenta? "¿Quién es?", gritaba una mortificada voz de mujer desde la cocina. "Los viajes", respondía yo, practicando una voz aflautada. "Ahora no." Y una cortina helada se precipitaba sobre mí entre la lluvia. ¿Cómo sería ella? ¿Sería la mujer que me estaba esperando?

Pero a veces la señora de la casa acudía a la puerta, y yo le mostraba un abanico de folletos, todos a color, con los más diversos destinos. Mis ojos se atrevían a posar, como un beso de bigotillo en su frente, el raptó de mi cortedad. Véme los ojos, quería darle a entender, son como el aliento a menta, como un día de ventisca, vámonos de aquí. Si ella deseaba el viaje, elegía entre los folletos cuál gozar, el que tenía el teleférico que remontaba en un día de sol la montaña de nieve, o el de una negra catedral bombardeada, abandonada como escultura frente a una terraza repleta de sombrillas, o el de una bahía de barcos despoñadas bajo el blanco de un caserío insular, el de un nombre que nos provocaría el mutuo estremecimiento: Turquía, con el importante puerto de Izmir en el Mar Egeo, las fiestas de Pérgamo el 26 y 27 de mayo con sus danzas antiguas y modernas, el Día de la Soberanía Nacional, la casa de la Virgen María en Monte Pion visitada por los peregrinos católicos. Y entonces, la señora señalaba una de las fotos.

—Ésta.

—Señora, éste es el viejo serrallo que conserva el trono de oro, joyas inestimables y de gran valor histórico, antigua residencia de los sultanes otomanos.

—Ésta.

—El Bósforo. Hay que tomar el vapor que sale del puente y va hacia la otra parte del estrecho, en dirección del Mar Negro.

De excursión, yo le describía la costa constantinopolitana, apartándonos con el regusto de no perder jamás memoria, hasta el fin de nuestros días, del perfil de la mezquita Ahmediana con sus cinco agujas apuntadas al cielo, conforme nos internábamos

en una bruma marina. "Muchas gracias" me daba ella al depositar una moneda en mi mano. "Para eso estamos, señora", le respondía mirándola por fin a los ojos, colmándola con una ola de claridad, dejándole llevar por el agua del arroyo, contento, chasqueando los zapatos al doblar otra esquina, levemente enamorado.

Cuando algún marido me abría la puerta del zaguán, yo adelantaba un paso aprovechando mi aspecto lastimoso, cerrando el paraguas para hundir una cufia:

—Ay, este clima londinense.

Era sólo plantar un pie. Hacía presa del señor practicando mapas desvanecidas que pronto lo harían a un lado: Cavtat con su museo lapidario —la muerte lo tocaba ahora de lleno en el rostro—, Kónavli con su moderno aeropuerto —lo atraía con una insinuación de sirenas antiaéreas al frío de la brisa de lluvia—, Molunat ideal para la pesca submarina —si un automóvil de policía cruzaba entonces frente al zaguán, hendía las aguas encharcadas produciendo cardúmenes dorados bajo el alumbrado encendido. Y entonces le confesaba mi aspiración: "Perdón, ¿está la señora de la casa?" Y si el día era lo suficientemente gris y verde, el hombre se metía gritando "Manena, ahí te buscan".

Desde luego que nadie me invitaba a pasar, por recio que estuviera el aguacero. Yo pertenecía al exterior, mientras que tomar rumbo bajo el desplome del cielo era la cosa más íntima, puesto que todas las mujeres tenían un hijo, un amante, un hermano que un día se había ausentado. En mi apagamiento cabían los destierros y las muertes, mis ojos eran de lágrima o de canica, de ciénega o de composanto. Caminando, caminando, detenido bajo un portal, yo oteaba tras los portones un mundo probable en el que mi trayecto sería resarcido, los viajes vendidos tendrían un lugar. En mi pecho sentía el latido de un parche, como todos los bolsillos de camisa cosidos sobre el corazón.

No sé cuánta hambre tenía, sólo recuerdo que no siempre había qué almorzar. A menudo gastaba la mañana sin haber enganchado un solo viaje, y era peor cuando me topaba con mujeres que no me daban nada a cambio, porque a la vista de las fotos preferían revivir otro periodo, cuando salían a trabajar al rayar el alba e iban al cine la tarde cálida del miércoles y paseaban con la familia los domingos, para al cabo de esa escapadita decirme adiós con aire de quien ha ayudado a otro a hacer bien su oficio. Los nubarrones se recomponían, el cielo tronaba, el vacío me comía el estómago. Diariamente al caer lo negro de la tarde, antes de volver a casa, dirigía mis pasos hacia alguna antigua agencia de viajes del otro lado de la ciudad para hacerme de fo-

lletos turísticos. Al llegar a casa, con mi dolor de callos, luego de lavarme los pies en una tinaja y contemplar por un rato mis zapatos puestos a secar junto a una hornilla, revisaba guías de ciudades remotas, sintiendo que ya había dado la vuelta al mundo. A la mañana siguiente, con el tiento de quien sale peripuesto del presidio, miraba mis ojos al espejo antes de volver a la calle.

Esas eran mis lluvias, y había que practicar. Había otras cosas que retengo borrosamente. Fugas de agua de las cañerías en las calles, nubes brumosas que bajaban a tragarse los árboles, y adentro de cada casa los hongos en los cielorrasos servían para soñar tendidos mientras la piel se estriaba y emblanquecía. A última hora la gente salía desesperada a dar la vuelta por su rumbo, abandonando donde fuera los autos descompuestos, ausentándose definitivamente al cruzar un puente; otros, desde la ventana, veían llover hasta que un día la ventana se desquiciaba y se iba con el agua.

Yo ajustaba los itinerarios. Ponía a las mujeres a anhelar un anhelo más transversal que la lluvia. Una mujer desaliñada me abría la puerta de su departamento. ¿Es ella? ¿Será ésta la mujer que me está esperando? Vestía una mala bata acolchonada.

—Háblame de Persia.

—El moderno Irán. La República Islámica de Irán. No se puede ir allí como turista, pero tengo una guía de Chiraz.

—No, no, háblame de Persia.

—Persia ya no existe.

Me iba envolviendo con esas mechas canosas, con esa boca oliente a picadillo, y yo, en verdad yo practicaba para la tristeza.

—Háblame de Persia, tonto.

Las amantes de los trenes me pedían horarios de salidas y llegadas que llenaban mis oídos de miseria: doce cero cinco, Puenteareas, doce doce, Tuy, doce dieciocho, Sampayo, doce veintiséis, Cambados, doce treinta, Lalín. Al contemplar las fotos del lecho de las aguas en los folletos, las amantes del mar acompañaban mis descripciones de cruceros con suspiros y frases entrecortadas dirigidas a la lluvia, "ah, peligroso", "eterno y sin edad", mientras que las imágenes de puertos remotos acarrearán comentarios de arribada, "ay, qué suspirar", "la felicidad se esfuma", y así el viaje seguía hasta que mi cliente se resignaba a entrar de nuevo a su casa. Entre todas, las amantes de la montaña requerían menos ayuda. Yo no tenía que agregar nada, clima, vegetación o fauna, bastaba la mención de la altura de las nieves eternas.

Había quien se embelesaba con su propia ilusión o su recuerdo. Si yo despertaba las ansias, también tenía que apagarlas. Cuando alguien me miraba muy de frente —a mí que apenas podía sostener una

mirada—, la impresión era de que acto seguido quería arrancarme los ojos y vengarse de toda belleza. Entonces resaltaba algunos inconvenientes de la aventura, esos vagones de tren que tienen un solo lavabo para todos, esos barcos incendiados en mares apacibles, qué sé yo. Así como hay ojos que al mirar revelan a un asesino, al desviar mis ojos seguramente ellas me veían como a quien ha de ser hallado muerto.

¿Qué tanto practicábamos? Quizá en un futuro juntaría dinero para irme con una señora a un mejor destino donde me abastecería de todo tipo de impresos, horarios, mapas y menús, o quizá nunca saldría de aquí, y este andar chorreante fuese el preámbulo de un nuevo oficio pleno de candores, como el de vendedor de aspiradoras, que me conduciría por fin a las salas de las señoras para dejar, al vaivén, un trocho de alfombra libre de polvo. Acaso practicar era eso y nada más, la vida, sólo un hábito que sostener hasta la última llovizna.

Buscaba tras cada puerta a la mujer sola, la mujer en pantuflas, la mujer con un cuchillo en la mano, la fumadora sentada en un buró mirando el piso, la madre encerrada en un baño improvisando ante el espejo, todas tenían un interior que resguardaban al venir a la puerta. Luego de emprender el viaje, me dejaban ajeno a ellas pero convertido a su piedad. Todo se lava, querría haberles dicho. Al cabo de unos años la peor injuria, la traición, el abandono nos arrastran, se vierten y nos dejan limpios en un mejor lugar, en las afueras. Pronto dejará de llover y, aunque hayas muerto ahogada, en torno tuyo todo habrá reverdecido; sumergida, la soledad te salvará en el desamparo.

La lluvia había amainado, como siempre. Calado hasta los tobillos, yo adivinaba baches en el asfalto. A media cuadra rutilaba un extraño barullo de patrullas; extraño, en una ciudad donde sólo los rumores sobre el estado del tiempo llamaban a reunirse a los curiosos. Qué predicamento. Desalojada violentamente por alguien, un ama de casa estaba en la calle tratando de volver a entrar por algo que había quedado dentro. Sus muebles habían sido apilados sobre la banqueta. La oscuridad crecía en torno con una fronda de gabardinas, agentes y abogados. Por pudor inútil, la mano femenina había cubierto los cachivaches con la cortina de baño. Junto al desorden de cajas y de trastos se enderezaba una asombrosa columna de libros, una enciclopedia a la intemperie. Todo parecía consumado cuando la señora se apartó de la puerta, sometida por un grueso candado nuevo. La policia desahacía ya el cerco. Cuando me aproximé, los ojos muy congestionados de ella, su

voz hiposa, arraigaban un castañeteo en el frío. Encima, y porque el cielo responde, la tormenta se anunciaba. Cuando las gruesas gotas comenzaron a caer, el notario adhirió los sellos a la puerta. Era un concierto impecable, la lluvia arreciaba y se alejaban, los policas primero, los mirones después cerrando vidrieras y cortinas, apagando las linternas. Para mí, con la reanudación de la lluvia, era el momento de practicar. La señora sin refugio se sentó sobre los volúmenes de la enciclopedia tratando de protegerlos con su falda. El chaparrón pudo aplomarse sin consuelo. Me planté frente a ella intentando atraérmela, ofreciéndole mi paraguas. Sólo dije, haciendo estrechez entre ambos: "Los viajes." Ella no tenía visiblemente a dónde ir.

La tormenta lucía sus rayos. Un viento de tromba pasó a llevarse las cosas más ligeras, las medias, los pañuelos, las cartas, y el arroyo que venía creció en un instante para hacer tambalearse el colchón apoyado contra un poste. Tenemos que ir a alguna parte, pensé, creyendo que podría guarecerla bajo un portal, pero no tenía a dónde fijar mis ojos. ¿Será ella la mujer de mi vida? Pude ver un bosque lamoso que sobrevinía, el agua nivelaba las fuentes con las alcantariillas borboteantes, las plantas bajas de las casas se igualaban con piscinas, las primeras ramas arrancadas a los eucaliptos parecían arrojadas para salvar nuestras vidas. La enciclopedia estaría ya hecha sopa, pero la mujer seguía firme, decidida a no moverse.

El agua indiferenciaba seriamente el entorno; era un agua lodosa que descolgaba cataratas de los techos y hacía estallar las paredes desde adentro, agregando materiales de demolición al lanzamiento de la mujer. No sé en qué momento perdí mis zapatos. Solté el paraguas. Por allá flotaba mi portafolio que, al chocar contra un árbol, se abrió con doble chasquido inaudible. La folletería saltó libremente para ser perforada por el granizo que acudía a irremediarlo todo.

La ráfaga continuaba su giro, pero la señora no mudaba de lugar, permanecía por delante de las aguas negras y el aguanieve, de los techos arrancados a las casas, sentada sobre un último tomo de enciclopedia. Conforme el crepúsculo calaba algún color arriba del apagón, traté de mantenerme en movimiento hacia esa mujer. La belleza quedó vengada en el momento en que todo hallaba finalmente su lugar. Ese horizonte, ¿era un destello de la calamidad en el cielo o el fin de la tierra firme? ¿De dónde vienes, dónde estás, a dónde vas?, ¿quién puede orientarte?, me susurraba el filo de viento. El agua fluía sin resentir el peso de su carga, y su avenida seguía los vestigios de un camino serpenteante que daba forma al término de un día igual a otro. ◀